

le hace horroroso; jamás la materia es en absoluto inmundada. En la oscuridad vendrán á rodear el cadáver los animales invisibles de las profundas aguas; las misteriosas madrêporas arrojan sobre él sus ramas, y empiezan á devorarle muy lentamente con los millares de bocas de sus flores vivientes.

Esta sepultura del marino es inviolable para el hombre. El que baja á descansar allí, está más muerto que los otros muertos; nada de él subirá al mundo nunca; nunca volverá á mezclarse con este polvo viejo de los hombres que, en la superficie, se busca, se mezcla y se combina en los eternos esfuerzos para revivir. Barazère pertenecía ya á la vida de las profundidades; los elementos de que su organismo se componía van á pasar á las plantas de piedra que no tienen color, á los animales pesados que no tienen forma ni ojos.

## XCI

Los mares en que el *Primauguet* permanecía presentaban casi siempre el mismo color de lapizlázuli; era la región donde el buen tiempo no concluye nunca.

En ocasiones, para ir desde un grupo de islas á otro, éranos preciso franquear el Ecuador, atravesar por las grandes inmovilidades, por los resplandores melancólicos.

Después, cuando ya en un hemisferio, ya en otro, reaparecía un viento vivificador, cuando el *Primauguet*, despertando, comenzaba á correr, se comprendía mejor, por el contraste, el encanto de ir de prisa, el goce de ir sobre aquel objeto inclinado, tembloroso, que parecía vivo y obediente, deslizándose siempre sobre las aguas.

Cuando nos dirigíamos al Este, el *Primauguet* se lanzaba contra las olas regulares y reunidas como rebaños, propias de los trópicos, durante días enteros, sin cansarse, con los mismos

estremecimientos regocijados del pez que se divierte. Después, cuando volvíamos en sentido inverso, cubiertos de velas, desplegando todo el blanco velamen, nuestro andar, siempre rápido, parecía tan fácil, tan suave, que apenas lo advertíamos; parecía como si nos elevásemos por una especie de vuelo: nuestro movimiento se asemejaba al de las aves cuando se ciernen en las alturas.

Los días, para los marineros, seguían pareciéndose mucho unos á otros.

Todas las mañanas se apoderaba de ellos, al levantarse, el delirio de la limpieza.

Despiertos apenas, veíaseles saltar, correr, á fin de dar principio lo más pronto posible al lavatorio magno. Completamente desnudos, cubierta la cabeza con sus gorros de borla, ó bien vestidos con el *traje de combate* (que es una piececilla de punto colgada del cuello, poco más ó menos como los baberos de los niños) se apresuraban á inundarlo todo. Las bombas, los cubos de agua movidos á brazo, no cesaban de funcionar. Los marineros se apresuraban á echarse unos á otros chorros de agua en las piernas, en la espalda; calados del todo, chorreando agua, comenzaban á derribarlo todo para lavarse; la tomaban después con el puente, muy blanco ya, y con arena,

frotando y restregando, lo blanqueaban más.

Se les interrumpía para hacer cualquier maniobra de la mañana, largar rizos ó rectificar la inclinación de las velas, y entonces se vestían apresuradamente, por el bien parecer, antes de subir, ejecutaban rápidamente la maniobra mandada, ansiosos de volver á divertirse con el agua.

En estas tareas los brazos se vigorizaban, se ensanchaban los pechos, y hasta los pies, á fuerza de acostumbrarse á encaramarse desnudos, llegaban á ser un poco prehensiles, como los de los monos.

Este lavatorio debía terminar á las ocho, al toque de tambor. Entonces, y mientras los ardientes rayos de sol secaban en un momento lo que que habían mojado los marineros, comenzaban éstos la tarea del bruñido; los objetos de cobre, los de hierro, las hebillas más pequeñas debían quedar brillantes como espejos. Apoderábase cada cual del objeto cuyo acicalamiento le estaba especialmente confiado, y se ponía á pulirlo con solicitud extrema, y de cuando en cuando se colocaba algo separado, á distancia conveniente, para ver si relucía, si hacía buen efecto. Y en redor de estos niños grandes el mundo era siempre, siempre, el círculo azul, el inexorable círculo azul, la soledad resplandeciente, profunda, que no con-

cluía jamás, donde nada cambiaba y nada sucedía.

Nada pasaba, más que bandadas de peces voladores, de movimiento de flechas, tan rápidos que solamente distinguíamos los reflejos de sus alas.

Habíalos de muchas especies: grandes los unos, que tenían el color de acero azulado; pequeños otros, mucho más raros, que parecían tener matices de la malva y de la peonía.

Muy de tarde en tarde una *fragata*, ave inmensa y misteriosa que siempre va sola, atravesaba á una altura excesiva los espacios del aire, deslizándose en línea recta con sus alas pequeñas y su cola en forma de tijera, y apresurándose como si tuviera determinado propósito. Los marineros entonces se mostraban unos á otros aquel viajero extraño y le seguían con los ojos mientras estaba al alcance de su vista. El paso de esta ave se consignaba en el cuaderno de bitácora Buques, nunca: aquellos mares australes son muy extensos y nadie se encuentra en ellos.

Una vez habíamos encontrado una islilla oceánica rodeada por un blanco cinturón de coral. Mujeres que habitaban allí se habían aproximado en piraguas, y el comandante, comprendien-

do para qué venían, habíalas dejado subir á bordo. Todas tenían buena estatura y formas agradables; sus ojos, medio velados por espesas cejas, tenían algo de salvajes; sus dientes eran muy blancos, y al reír los enseñaban todos. Sobre la piel, de un color de cobre rojizo, varios dibujos complicadísimos parecían redecillas de azulados encajes.

La visita de aquellas mujeres interrumpió por algunas horas la forzada continencia que los marineros guardaban. Después la isla, apenas vista, había desaparecido con su cinturón blanco y sus palmas verdes, pequeña, perdida en aquel inmenso desierto de agua, y no se había vuelto á pensar en ella.

Y sin embargo, no era la vida de á bordo completamente fastidiosa. Los días estaban suficientemente ocupados, ya con trabajos, ya con distracciones.

A ciertas horas, y en días determinados en el *cuadro del servicio de mar*, se permitía á los marineros abrir los sacos de lona donde estaban guardados sus equipos respectivos (eso se llamaba *ir á los sacos*). Los marineros entonces colocaban todas sus prendas necesitadas de arreglo, delante de ellos, con un cuidado verdaderamente

cómico. El puente del *Primauguet* parecía haberse convertido de pronto en un bazar. Abrían entonces sus costureros, cortaban y disponían artísticamente las piezas con que reparaban los desperfectos causados en los vestidos por el uso y por la fuerza de los músculos. Marineros había que se quedaban desnudos para zurcirse la camisa con la mayor gravedad, y otros que aplanchaban sus cuellos por procedimientos extraordinarios (sentándose encima de ellos durante mucho tiempo); otros cogían de su cartera papeles amarillentos, ajados, que llevaban sellos de diferentes rincones perdidos del país bretón ó de las tierras vascas, y se ponían á leer; eran cartas de madres, de hermanas, de novias que habitaban allá... en lejanas aldeas.

Oíase después el toque de pito que significaba: *Recojan sacos*, y todo aquello desaparecía como por arte de encantamiento: doblado, encerrado, bajado al fondo de la cala y metido allí en cajas numeradas, que los encargados venían á cerrar con candados de hierro.

Contempládoles, hubiera podido engañarse por sus actitudes prudentes y juiciosas, quien no les conociese mejor; viéndoles tan absortos en aquella ocupación de doncellas, en aquellos jue-

gos de muñecas, era imposible imaginar lo que apuellos hombres jóvenes y fuertes eran capaces de hacer en tierra.

Había, sin embargo, una hora de inevitable melancolía: era la hora de la oración de la tarde. Cuando esa oración terminaba, cuando las señales de la cruz de los bretones habían concluido y se ponía el sol, muchos de entre los marineros pensaban, sin duda, en su país.

Aun en aquellas regiones de luz admirable existe siempre el crepúsculo, esa hora indecisa entre el día y la noche, que es triste. Véanse entonces algunas cabezas de marineros volviéndose involuntariamente hacia aquellas últimas franjas de luz que persisten hacia Poniente, muy bajas, hasta confundirse con la línea de las aguas.

Una franja matizada siempre: era al principio de un rojo oscuro, un poco anaranjado por encima, un poco verde claro; después aquellos matices se fundían con los de sombra y oscuridad. Los últimos reflejos de un amarillo triste permanecían sobre las aguas, que relucían aún aquí y allí, antes de tomar los tonos neutros de la noche; aquella última mirada oblicua del día, arrojada sobre las profundidades desiertas, tenía algo

de siniestro, y uno se inquietaba á su pesar por la inmensidad de las aguas. Aquella era la hora de las rebeldías íntimas y de las amargas de la memoria. Era la hora en que los marineros tenían la noción vaga de que su existencia era extraña y antinatural, en que pensaban en su juventud secuestrada y perdida. Alguna lejana figura de mujer cruzaba delante de sus ojos, rodeada de encantos y de dulzura deliciosa. O bien, con una perturbación súbita de los sentidos, imaginaban fiestas insensatas de lujuria y de embriaguez para aturdirse la primera vez que se les desencadenase en tierra.

Poco después llegaba la verdadera noche, templada, llena de estrellas, y aquella impresión efímera quedaba olvidada; todos los marineros iban á sentarse á proa y comenzaban á cantar.

Había gavieros que sabían canciones muy largas y muy lindas, cuyos estribillos se repetían á coro. Las voces eran hermosas y vibrantes en los *silencios sonoros* de aquellas noches.

En ciertos momentos las estrellas australes comenzaban á brillar con resplandores inusitados; las grandes nebulosas relucían como polvo de nacar; todas las tintas oscuras de la noche parecían alumbradas, por transparencia, por luces

extrañas y misteriosas. Hubiérase creído cualquiera, en tales momentos, presenciando una de esas funciones fantásticas en que de pronto se ilumina todo en una vistosa apoteosis, y se preguntaba uno á sí mismo: ¿Por qué los objetos brillan de esta manera? ¿Qué hay aquí? ¿Qué va á suceder? No, nada; nada había, ni sucede nada nunca: es que de noche la región de los trópicos es así. Allí no había nada, sino los mares desiertos, y siempre la extensión circular, absolutamente vacía.

Estas noches eran hermosísimas noches de estío; dulces, dulces, más que nuestras más dulces noches de Junio. Y esas noches turbaban un poco á aquellos hombres, entre los cuales los mayores no habían cumplido treinta años.

Y sin embargo, se estaba muy bien en aquel castillo de proa, en aquellas veladas de navegar; recibíanse en medio del pecho y en pleno pulmón los frescos soplos de la noche, las brisas vírgenes que nunca habían pasado por la tierra, que no llevaban consigo ningún efluvio viviente, que no tenían olor alguno. Extendiéndose allí se perdía poco á poco la noción de todo, menos de la velocidad, que es siempre cosa muy divertida, has-

ta cuando no se tiene fin alguno ni se sabe dónde se va.

Tampoco tenían objetivo ni sabían adónde iban los marineros. ¿Qué les importaba? En ninguna parte se les permitía saltar á tierra. Ignoraban la dirección de aquella rápida carrera y desconocían la infinita profundidad de las soledades en que estaban; pero les divertía mucho caminar rápidamente, siempre hacia adelante, y sentirse arrastrar suavemente en la oscuridad azulada.

Entonando sus canciones miraban fijamente al bauprés, siempre lanzado hacia adelante, con sus dos cuernecillos y su aspecto de ballesta tendida, que brincaba sobre el mar desflorando el agua bulliciosa tan levemente como los peces voladores.

## XCII

Mi querido Ives, cumpliendo esta vez sus ofrecimientos, seguía en el *Primauguet* sin cometer una sola falta. Tratábanle los oficiales con mu-

cho miramiento por su aspecto y por su manera de ser, que no se parecía á las del resto de la tripulación. Ives continuaba, sin embargo, en el primer puesto de aquella bandada ruda, cuyo jefe decía con orgullo: «Estos son medio tiburones; á nada temen.»

Mi buen hermano había vuelto á tomar su costumbre de otras épocas de dirigirse, casi sin ser visto, á mi cámara en las horas en que yo se la abandonaba. Instalábase allí para leer mis libros y mis papeles (sabía que estaba autorizado para mirarlo todo); aprendía á comprender las cartas marinas y se divertía marcando puntos y midiendo distancias en ellas. Muy frecuentemente escribía á su mujer, y ocurría á veces que sus cartas, interrumpidas por la maniobra, quedaban mezcladas entre las mías. Encontré una cierto día, que sin duda se proponía Ives enviar bajo doble sobre, y en la que había escrito la siguiente dirección: *A la señora María Kermadec, en casa de sus padres, en Tremoulé de Toulven, país de Bretaña, concejo de los lobos, parroquia de las ardillas, á la derecha, debajo de la encina más grande.* Trabajo costaba imaginarse á Ives escribiendo aquellas niñerías. Aquella era su primera ausencia larga después de ca-

sado. Desde lejos, pensaba muy á menudo en aquella mujer, joven aún y que tanto había padecido por él, y que tanto le había amado; ahora su esposa se le presentaba en el fondo de aquella lontananza con un aspecto nuevo.

## XCIII

En Julio—el mes peor del invierno austral—salimos de aquellas regiones para bajar hasta Valparaiso.

Allí tuve que dejar el *Primauguet* y embarcarme en un gran buque de vela que regresaba á Brest, después de dar la vuelta al mundo.

El buque de vela se nombraba *Navarino*; allí se embarcaron también todos los hombres que habían cumplido del *Primauguet*. Entre éstos se hallaba el buen Barrada, que se iba á Burdeos, llevando su cinto lleno de oro, con su novia española.

Bruscamente, según costumbre, me despedí de Ives, recomendándosele otra vez á todos, y partí para Francia por la vía del Cabo de Hornos.

## XCIV

20 de Octubre de 1882.

Recuerdo este día pasado en Bretaña. María, Ana y yo corriendo bajo aquel cielo gris, en los bosques de Toulven.

Mi cabeza, llena todavía de sol y de mar azul... La Bretaña, vista de pronto y por tan pocas horas, lo mismo que en nuestros sueños de á bordo... parecíame comprender sus encantos por primera vez.

¡Y el pobre Ives permanecía allá, lejos, en el Gran Océano! ¡Saber que él estaba allí, y encontrarme yo solo en aquellos senderos de Toulven!

¡Ah! ¡Con qué ternura había abrazado yo á mi querido Periquillo al llegar al camino de Toulven! Desde muy lejos había yo visto venir un *hombrecillo*, á quien no reconocí, y que venía á mi encuentro saltando lo mismo que un cabrito. Habíanle dicho: «Aquél es tu padrino que llega;» y había echado á correr. Periquillo había crecido

mucho y estaba muy guapo; con su aire más atrevido y más revoltoso.

En este viaje ví, por primera y última vez, á Ivona, una hija de Ives que había nacido después de nuestra marcha, y que sólo hizo en la tierra una breve aparición de algunos meses. Era muy parecida á su padre: los mismos ojos, la misma mirada. ¡Extraña semejanza entre una niña tan pequeña y un hombre!

Un día tornó Ivona á la misteriosa región de que había venido, llamada de pronto por una enfermedad de la infancia, para la cual ni la matrona ni la gran curandera de Toulven habían hallado remedio. Habíanla conducido allí abajo, al pie de la iglesia, con sus ojos, parecidos á los de Ives, cerrados para siempre.

María y yo habíamos ido, después de cenar, á ver á la luz de la luna su casita en construcción.

En el campo de avena que habíamos medido en Junio del año anterior, se elevaban ahora las cuatro paredes de la casa de Ives: aún no tenía ni balcones, ni suelos, ni tejado...; á la luz de la luna parecía unas ruinas.

Nos sentamos en medio, en sendas piedras, encontrándonos completamente solos por la primera vez.

Como se adivina, hablábamos de Ives. Preguntábame María, con ansiedad, mi opinión acerca del porvenir de su marido, á quien ella adoraba con cierta especie de temor, sin comprenderlo, y á quien ella creía que yo conocía más completamente. La tranquilicé, porque yo esperaba mucho. Ives tenía en favor suyo un corazón bueno y generoso; por él era por donde llegaríamos á conseguirlo todo.

Ana apareció de pronto; venía silenciosa para escuchar, y nos dió un susto.

—¡María! gritó; quítate en seguida de ahí: ¡si vieras qué sombra tan fea tienes detrás!

No habíamos reparado, efectivamente. Su cabeza, iluminada por la luna, con las alas de su cofia agitadas por el viento, proyectaban detrás de ella, sobre la pared nueva, una sombra que parecía la figura de un murciélago muy grande y muy feo. Aquello era de muy mal agüero.

A la mañana siguiente, el suegro de Ives, Ana y Periquillo, con sus trajes de días festivos, vienen para conducirme, en el cochecillo de Pedro Kerbrás, el novio de Ana, hasta la estación de Bannalec.

En el coche donde me coloco hay dos señoras inglesas, entradas en años. Me colocan, pasándo-

le por la ventanilla, la cara de Periquillo para que le dé un beso, y él suelta la carcajada al ver un perrillo *bulldog* que las señoras llevan en un saco de viaje. Periquillo estaba triste, sin embargo, por mi marcha; pero el perro metido en el saco le parecía cosa tan rara, que no acababa de reír. Las señoras inglesas sonreían también, y decían que Periquillo era *a very beautiful baby*.

Después, se acabó para mí la Bretaña por mucho tiempo; había yo pasado allí veinte horas; al amanecer del día siguiente me encontraba ya muy lejos de aquellas comarcas.

## XCV

## CARTA DE IVES

Melbourne, Septiembre de 1882.

«Querido hermano: Hago á usted sabedor de nuestra llegada á Australia; hemos tenido una travesía excelente, y mañana salimos para el Japón, porque ya sabe usted que hemos recibido la

orden de dar una vueltecita por aquellos mares.

»Aquí he hallado dos cartas de usted, y también dos de mi mujer; pero ardo en deseos de leer lo que usted me escribe después de haber pasado por Toulven.

»Querido hermano: el oficial que ha reemplazado á usted es, como usted, muy bueno con los marineros; tanto como el que ha reemplazado á M. Plumkett, es duro, pero no conmigo, al contrario. M. Plumkett me había prometido recomendarme á él cuando se marchó, y comprendo que lo ha hecho. Los otros, y el Mayor, siguen lo mismo; todos me hablan muy á menudo y me piden noticias de usted.

»Querido hermano: dos veces se ha permitido á los marineros saltar á tierra en San Francisco, y como usted comprende, no estando aquí usted, no he querido dar mi nombre para bajar con ellos. Los gavieros armaron la segunda noche una gran *bronca* contra marineros alemanes, y hubo cuchilladas y heridos.

»El año que viene, cuando volvamos, espero conseguir una licencia larga para ver á mi María, á mi Periquillo y á mi hija: por larga que sea, me parecerá corta, y seguramente no podré verme tranquilo hasta que me retire. Por otra

parte, cuando esté yo en edad de dejar el *cuello azul*, mi pobre Periquillo estará ya próximo á ir al servicio, si es que no tiene para mí un sitio, allá, cerca del estanque, hacia la iglesia: ya sabe usted qué sitio quiero decirle.

»Querido hermano: ¿cree usted que tomo su modo de pensar? No; lo aseguro: pienso ahora como he pensado siempre.

»Creo que he perdido mis *cabezas de coco* (1), porque ya no iremos á Caledonia; pero, en fin, andando el tiempo, acaso vuelva yo por aquí y pueda comprar una. Si pasa usted por el golfo Juan, hágame el señalado favor de ir á Vallauris y comprar para mí dos lámparas de esas que allí hacen y que tienen cabeza de *cotorras de Francia* (2). Me divertirá mucho tener lámparas de esas en casa. Tengo muchísimas ganas de instalar mi casita.

»Entre las muchas cosas que me ponen triste cuando me despierto, la que me causa más pena, es que mi madre no consiente, de ningún modo,

(1) Cabezas humanas de aspecto desagradable: los deportados de Caledonia las fabrican de cocos, á los cuales ponen ojos, dientes y pelo. Ives tenía el capricho de colocar una en la escalera de su casa en Toulven.

(2) Lámparas en forma de buho.

en vivir en Toulven. Me parece que si pudiera lograr una licencia para ir á buscarla, conmigo se vendría, de seguro. Pero, por otra parte, entonces no tendría yo á nadie en Plouherzel, y esto es cosa en que no quiero pensar; porque Plouherzel es siempre nuestro país, ya lo sabe usted.

»Si yo pudiese creer lo que usted me ha dicho á menudo sobre lo de resucitar después de la muerte, es seguro que yo me consideraría muy dichoso. Pero ¡vaya! me parece que usted mismo no cree mucho en eso de resucitar. Parece, sin embargo, ridículo que los difuntos aparecidos me den miedo, y yo creo, querido hermano, que también á usted le dan un poco.

»Pido á usted que me disimule por enviarle este papel tan manchado, pero no es mía la culpa; ya comprende usted que no tengo ahora su escritorio para poner mis cartas en él como un oficial. Escribía yo bastante tranquilo, terminado ya mi servicio del cuarto de noche, en los cajones de proa, y de pronto el idiota de La Hir me ha derribado la bujía. No tengo tiempo de hacer las letras á mi modo, como otras veces lo hago, ya sabe usted, y que á usted le gustan tanto. Escribo de prisa y corriendo, y vuelvo á pedir á usted perdón.

»Mañana partimos, así que amanezca, para el Japón; pero yo haré llegar esta carta por el piloto que venga á sacarnos del puerto. Concluyo abrazando á usted muchas veces con toda mi alma. Su hermano,

IVES KERMADEC

»Querido hermano: me es imposible decir á usted cuánto le quiero.—*Ives.*»

XCVI

Diciembre, 1882.

Pasaba yo por una calle de Burdeos. Un hombre muy bien puesto se dirigió á mí, quitándose el sombrero y tendiéndome la mano. ¡Barrada! Barrada transformado; se ha quitado su barba negra y no representa ya sus treinta y un años. La cara muy afeitada, naciente el bigote, tiene todas las apariencias de un enamorado de veinte años.

Era, como siempre, guapo y de aspecto distinguido; pero su semblante parecía mejor y más

dulce, como si estuviera iluminado por una gran alegría.

Acababa de casarse con su novia española; el oro de su cinto habíale servido para poner casa. Habíase hecho *cargador* de barcos, ocupación muy lucrativa, á lo que parece, y en la cual utilizaba el bueno de Barrada su gran fuerza y sus felices disposiciones para desenredar y ordenar lo desordenado y confuso. Fué necesario jurarle que á la vuelta del *Primauguet* pasaríamos Ives y yo por Burdeos para visitarle.

Barrada era dichoso.

Aquella vida definitiva del antiguo marinero me dió en qué pensar. Preguntábame yo si mi pobre Ives que, con un corazón tan bueno, había quebrantado mucho menos las leyes sociales, no podría también terminar algún día gozando un poco de bienandanza.

## XCVII

«*Telegrama.*—Tolón 3 de Abril 1883.—Alves Kermadec, á bordo del *Primauguet*.—Brest.—Has sido nombrado *segundo*.—Te abrazo.—*Pedro.*»

Aquella noticia era su bienvenida, su festejo de llegada, porque sólo hace veintitantas horas que *El Primauguet*, de regreso de su largo paseo por el Océano, había entrado en aguas de Francia.

Los galones de oro que yo enviaba á Ives por telégrafo no fueron *mojados* como lo habían sido en otra época los de lana.—No; los tiempos habían cambiado; Ives se ocultó en el entrepunte en un rincón donde estaban su armario y su saco, rincón que consideraba como su casa; rápidamente bajó allá para estar solo y saborear aquella alegría que le llegaba, para leer y releer aquel papelito azul que abría ante sus ojos una nueva era.

¡Era aquello tan bello, tan inesperado después de su mala conducta pasada!

Había estado yo en París para solicitar esta merced, para intrigar mucho en favor de mi hermano adoptivo, saliendo fiador de su conducta para el porvenir. Una mujer de corazón había tenido la bondad de poner al servicio de mi causa toda su influencia, que era decisiva, y entonces el ascenso de Ives, aunque difícil, fué obtenido por asalto.

Ives no acababa de mirar su buena suerte desde todos sus aspectos. Por el pronto, en vez de verse precisado á solicitar una licencia corta que acaso se le hubiese escatimado, con sus galones de oro iba á partir por derecho propio para Toulven; se le iba á enviar en *expectación* de destino durante tres meses, por lo menos, quizá cuatro, Tendría, pues, todo el verano para pasarlo allí, con su mujer y su hijo en su casita, terminada ya, y donde se le esperaba justamente para instalarse todos... Además, iban á ser muy ricos, lo cual no estorbaría.

No; nunca en su vida de pobre errante, siempre dedicada al trabajo, nunca había pasado una hora tan hermosa, una alegría tan grande como la que su hermano Pedro acababa de enviarle por el telégrafo.

## XCVIII

Cuando los vientos me llevan de nuevo á Bretaña, corren los últimos días de Mayo; los más hermosos de la primavera bretona.

Seis semanas hace que Ives está en su casita de Toulven arreglando mi cuarto y disponiéndolo todo para cuando yo llegue.

18 de Mayo, en el mar.

Ya conocemos que nuestra Bretaña se aproxima.

El tiempo es hermoso, pero como son los tiempos hermosos en Bretaña: tranquilo y melancólico.

A las ocho de la mañana, doblado el Cabo de Pen-Marc'h, los granitos célticos, los peñascos inmensos se dibujan y van acercándose á nosotros.

Ahora vemos verdaderos bancos de bruma—

pero ligera, bruma de verano—que se posan por todas partes en las lejanías del horizonte.

A la una, el paso de *Toulinguets*; después entramos en el puerto.

19 de Mayo.—Una licencia de ocho días. A las doce estoy en el ferrocarril, dirigiéndome á Toulven.

Llueve durante todo el viaje sobre las campiñas bretonas, en los prados, en los valles umbríos; todo está lleno de agua.

Desde Bannalec á Toulven, una hora de coche á través de los bosques. La mirada fija hacia adelante, buscando la aguja de la iglesia en el verde horizonte.

Hela ahí: ya aparece reflejada profundamente en el triste estanque. El buen tiempo renace con un cielo pálido y azulado.

¡Toulven! El coche se detiene. Allí está Ives, con Periquillo de la mano.

Ives y yo nos miramos... después á los dos nos acomete al propio tiempo ganas de reír, viendo nuestros bigotes. El bigote cambia nuestras fisonomías, y esto resulta extraño. No nos habíamos visto desde que los marinos tienen derecho de usarlo.

Pasado el acceso de risa, nos abrazamos cariñosamente y con efusión.

¡Qué hermoso se ha puesto Periquillo! Ha crecido mucho y está fuerte. Marchamos juntos, atravesando la aldea de Toulven, cuyas buenas gentes me conocen y salen á las puertas de sus casas para vernos llegar.

Periquillo, á quien llevamos de la mano, anda ya como un hombre. Aún no había dicho nada, algo cortado al verme; pero comienza á charlar, levanta hacia mí su cara redonda, y me mira ya como un amigo á quien comunica sus reflexiones. Vocecilla dulce que he oído muy pocas veces. ¡Cómo se le nota el acento de Bretaña!

—Padrino, ¿me has traído mi borrego?

Afortunadamente, yo me había acordado de aquella promesa hecha el año anterior: el borrego de ruedàs estaba en mi maleta para Periquillo. También traía las lámparas con cabeza de *cotorra de Francia*, que había prometido á mi otro hijo grande: Ives.

He aquí la casa; blanca, alegre, con sus cercos de ventana de granito, sus cobertizos verdes, su granero con claraboya, y detrás horizonte de bosques.

Entramos. Abajo, en la cocina con gran chimenea, nos aguardan María y su sobrina Corentina.

Pero inmediatamente Ives me suplica que suba, porque ya tiene prisa de enseñarme en el piso alto su hermosa habitación blanca, con sus cortinas de muselina y sus muebles de cerezo barnizado.

Después abre otra puerta:

—Ahora, dice, vea usted su cuarto.

Ives me mira con ansiedad para conocer el efecto producido, después de las molestias y los malos ratos que él y su mujer se han dado para que yo lo encuentre todo á mi gusto.

Entro conmovido, emocionado. Mi habitación es blanca toda; aspírase en ella un perfume delicioso; por todas partes se ven flores que han ido á buscar muy lejos para mí.

No han querido poner allí muebles viejos, ni antigüedades de Bretaña, y me piden perdón por no haber hallado, según dicen, nada bastante bonito para amueblar el cuarto.

Han ido á Quimper para comprarme una cama lo mismo que la suya, de cerezo, madera clara, de un color alegre, algo rosado. Las mesas y las sillas son parecidas. Los pormenores más insignificantes están arreglados con cariño; sobre las paredes hay, en marcos dorados, dibujos que yo hice en otros tiempos, y una gran fotografía

del campanario calado de Saint-Pol-de-Leon, fotografía que yo había regalado á Ives cuando navegábamos juntos en la *Mar brumosa*.

El pavimento es limpio, como de madera muy nueva.

—Vea usted, hermano; todo está blanco, lo mismo que á bordo, dice Ives, que por sí mismo lo ha limpiado todo, y que se descalza al subir para no ensuciar las escaleras.

No hay sino verlo todo, visitarlo todo, hasta el granero con claraboya, donde están alineadas las patatas para el invierno; hasta el vestíbulo de la escalera, donde se halla colgado, como un *ex voto* de marino en una capilla de la Virgen, el barco en miniatura que Ives ha construído en sus ratos de vagar en la gavia del *Primauguet*; por último, el jardín, donde las flores y los árboles frutales empiezan á embellecer las calles frescas.

Ya estamos sentados á la mesa Ives, María, Corentina, Periquillo y yo. Ives se encuentra ridículo y se turba de pronto, en su papel de amo de casa. Véome obligado á trinchar, y como es la primera vez que lo hago en mi vida, tampoco acierto.

En esta comida, tomo algo por no disgustarlos; pero aquella felicidad tan completa que sien-

to y adivino cerca de mí, felicidad á la cual he contribuído algo; aquel agradecimiento cordial y sincero que me rodea; todo esto me preocupa de una manera extraña. Encontrarme en medio de aquellas cosas raras me sorprende como una novedad deliciosa.

—¿Sabe usted, me dice Ives, en voz baja y como en són de confianza, que ahora voy á misa todos los domingos con ella?

Y hace, señalando á su mujer, un gesto de sumisión infantil, muy cómico en medio de su seriedad. Su manera de conducirse con María ha variado por completo, y he advertido, al entrar, que el amor ha venido á instalarse del todo en la casa nueva.

Ambos permanecen silenciosos de su felicidad, como si tuvieran miedo de espantarla hablando alto y con alegría.

Además, temíamos hablar de los muertos, de aquella Ivona que murió en el otoño pasado sin esperar la vuelta del *Primauguet*, y que Ives no había conocido; después de aquel pobre anciano, el buen Corentin, su abuelo, que había sucumbido durante los fríos de Diciembre.

—En sus últimos tiempos, me dice María, se había puesto un genio muy malo; ¡á él, que era

tan bondadoso! Decía que no sabíamos cuidarle, y todo se le volvía preguntar por su hijo Ives: «¡Oh! Si Ives estuviese aquí, me ayudaría; podría tomarme en sus brazos robustos para volverme en la cama.» Toda la última noche estuvo llamándole.

La comida ha terminado: llega la tarde, la tarde larga y templada de Mayo, Ives y yo nos dirigimos á la iglesia para visitar una cruz blanca que existe allí, en un altarcito con flores:

*Ivona Kermadec, trece meses.*

—Parece, dijo Ives, que se me asemejaba mucho.

Y aquella semejanza entre él y su hija muerta le dejó pensativo.

Mirando la cruz, la alturita, las flores, pensábamos ambos en ese misterio: aquella niña que era de la sangre de Ives, engendrada por él, que tenía sus ojos y además... probablemente un alma parecida, y que ya había vuelto al barro del suelo bretón. Es como si algo de él mismo hubiese vuelto ya á la tierra; como las arras que hubiese ya entregado al eterno polvo...

*Las diez de la noche.*—Voy á pasar la primera noche bajo el techo de mi hermano Ives.

*Las diez dadas.*—Ives y yo nos hemos dado ya las buenas noches; de pronto abre de nuevo la puerta.

—Vengo por las flores. Podrían hacerle á usted daño de noche; hemos pensado en eso...

Y se las llevó todas: las resedas, los guisantes de olor y hasta las garbas de brezos.

## XCIX

El reloj del tiempo sigue marchando, marchando, muy de prisa. La semana que se me ha concedido va á concluir muy pronto.

Pasamos los días en el bosque. El tiempo es hermoso: todo florece.

El domingo hay una gran romería, una de las romerías más famosas de aquella región de Bretaña. Se verifica alrededor de la ermita consagrada á *Nuestra Señora de la Buena Nueva*, que está aislada en medio de los bosques, como si